

Capítulo 627: El Turismo y El Camino A La Ruina

Como dios primordial, Shiva es uno de los pocos individuos que puede descender al abismo en cualquier momento que lo desee, siempre que Abaddon no lo haya cerrado intencionalmente.

Sin embargo, muchos de ellos no sabían que podía hacer esto, ya que los gobernantes anteriores de Tehom mantuvieron una política de puerta cerrada bastante estricta.

Pero incluso si lo supieran, la mayoría de ellos probablemente no aparecerían de todos modos.

A diferencia de los gobernantes anteriores a él, Abaddon estaba completamente sincronizado con Tehom.

Lo que significaba, que mientras uno esté dentro de su dominio, es afín al creador.

Este lugar le otorga una ventaja monumental y una desventaja suprema para cualquiera que entre sin ser invitado.

...Pero Shiva y los demás eran invitados, así que todo debería estar bien, ¿verdad?

Shiva atravesó el portal que creó en lo alto del cielo, sobre Tehom.

Para su sorpresa, no se había acercado lo suficiente y estaba rodeado por un grupo de planetas flotantes.

Había al menos cuarenta que podía ver, y cada uno de ellos contenía vida silvestre que ya rebosaba del toque de Abaddon.

“Animales que nunca he visto creados por el padre de todas las criaturas... Curioso en verdad”.

La primera persona en salir del portal detrás de Shiva fue su propio hijo, Ganesha.

Unos nanosegundos después de que el dios con cabeza de elefante llegara, cayó como un saco de naipes y casi se desplomó en el aire.

Si Shiva no lo hubiera atrapado, probablemente no se habría detenido hasta tocar el fondo.

"¡Hijo! ¿Qué te pasa?"

Ganesha sólo pudo emitir un sonido jadeante, mientras señalaba su garganta.



Finalmente, Shiva reconoció la razón por la cual su hijo estaba teniendo dificultades.

Aquí no hay aire.

Lo que ambos estaban respirando en ese momento era una mezcla del éter y el abismo más puros que jamás habían encontrado; unidos por un miasma demoníaco.

Esa sensación escalofriante que tuvo al llegar aquí, no se debía a que el lugar fuera frío, sino a que este lugar era una trampa mortal para cualquier dios menor que él.

Shiva encerró a su hijo en una cúpula protectora, diseñada para filtrar cualquier elemento desagradable.

Parecía un elefante en una bola de hámster, pero al menos estaba a salvo.

Pero no pasó ni medio segundo, cuando de repente, su entorno vacío se llenó con los habitantes de la región.

Dragones.

Pero éstos no se parecían a ningún otro que Shiva había visto antes.

Y no parecían estar muy contentos de verlo allí.

Como si su amenaza combinada no fuera lo suficientemente grande, unos cuantos miles aparecieron instantáneamente.

El tercer ojo de Shiva casi se abrió solo por el estrés.

"Deteneos."

Una sola voz resonó hasta donde alcanzaba la vista.

Los dragones que estaban a solo un segundo de exhalar un maremoto de llamas, de repente se detuvieron y miraron a su alrededor.

Un conjunto de garras en llamas, literalmente, creó un desgarró en el espacio, lo suficientemente grande para que una criatura enorme saliera arrastrándose.

Parecía un dragón de Komodo, pero era tan grande como un oso polar y crecía aún más a medida que pasaban los segundos.

Sentado en su parte posterior, había un hombre muy familiar, de piel negra y tatuajes dorados.

Incluso luciendo como si acabara de levantarse de la cama, Abaddon seguía siendo la entidad más atractiva que Shiva había presenciado en este universo o en el próximo.



Honestamente fue casi injusto.

—No me digas que olvidaste que veníamos —le acusó Shiva.

“...Para ser justos, ¿qué tipo de persona aparece sin al menos enviar un mensaje de texto avisando que está en camino?”

Y llegas con tu aura a todo trapo además... incluso Nyx es más discreta cuando llega”.

Shiva cruzó los cuatro brazos y no dijo nada.

“Está bien, está bien. Es mi culpa. Te envío mis disculpas”.

Shiva simplemente meneó la cabeza absurdamente.

“Deberías tener más cuidado, Abaddon. Si hubieras tardado un poco mas, habría matado a todos los presentes”.

Abaddon casi se rió para sí mismo, pero no creyó que fuera apropiado.

Por suerte esta vez pudo mostrarse moderado.

“Bueno, entonces te agradezco tu vacilación, amigo.”

Por alguna razón, Shiva tuvo la sensación de que Abaddon encontró divertida alguna parte de sus palabras.

Pero no tenía idea de qué parte de lo que había dicho se suponía que debía ser divertida para el dios dragón.

Abaddon agitó su mano y exactamente quince frascos de cristal aparecieron sobre su cabeza.

Se los entregó a Shiva, junto con algunas instrucciones muy importantes.

“Aquí tienes. Deberías darles de beber esto a todos, para que no mueran con su primer aliento en mi reino”.

* * *

Abaddon no había planeado exactamente un itinerario para esta visita.

Lo bueno de Tehom es que no hace falta hacer mucho para enamorarse de él.

Todo es vigorizante y hermoso.

Es el tipo de lugar que podría resultar perjudicial para las mentes desprevenidas.



Las experiencias que uno puede tener aquí son tan eufóricas, que pueden dejar a uno mentalmente incapaz de residir en cualquier otro espacio.

Aunque la atmósfera causa la muerte a los forasteros, para los que pueden sobrevivir, el solo hecho de estar aquí nutre el cuerpo y el alma.

Un ser humano normal vería casi inmediatamente su piel limpia y su cuerpo desintoxicado.

Pero en lugar de simplemente dejar que los invitados anduvieran por ahí, decidió llevar a cabo esto más como una visita formal y una reunión de negocios.

Al aterrizar sobre una pasarela de piedra, los caballeros que estaban afuera inmediatamente levantaron sus espadas al unísono, creando un arco por debajo del cual se podía caminar.

Todos dijeron algo en lengua de dragón, que ninguno de los dioses, excepto Shiva pudo entender.

—Padre... ¿te diste cuenta? —preguntó Ganesha.

—Sí —respondió Shiva.

Hoy se dio cuenta de que todos los demás dioses eran unos completos tontos.

Shiva aún no había visto a ninguno de los soldados de Abaddon que no pudieran vencer a numerosas deidades por sí solos.

Ni siquiera Zeus podría escapar ileso de sus fauces.

Necesitaría todo lo que tenía para sobrevivir.

Esta guerra ya estaba ganada, pero nadie más lo sabía aún.

De pie, en la entrada del castillo, había un anciano apuesto y de aspecto impecable, con un traje negro y corbata blanca.

Abaddon le sonrió tranquilizadamente al anciano, y rápidamente ambos se tomaron de las manos.

"Duque."

"Joven amo. Hoy vamos a recibir a nuestros invitados en ropa informal, ¿no?"

Abaddon finalmente recordó que debido a que había corrido directamente hacia allí, se había olvidado de cambiarse sus pantalones deportivos habituales y su sudadera con capucha desabrochada.



—Ah... —chasqueó los dedos y de repente estaba vestido con algo mucho más respetable.

"¿Mejor?"

"El ajuste es realmente duro, joven maestro."

"...¿Quién te enseñó a decir eso?"

"Princesa Thea."

Abaddon bajó la cabeza, tan bajo que prácticamente se le cayó de los hombros.

Si no hubiera jurado no usar sus poderes para entrometerse en las mentes de su pueblo, ya habría arrancado esa frase de la memoria de Duke.

"¿Puedes hacer que Rosaline y los demás preparen un pequeño banquete en el jardín de mi abuela? Debería estar listo en una hora".

"Por supuesto, joven maestro. ¿La Segunda Emperatriz también se unirá a ustedes?"

"...Preparad un gran banquete", se dio cuenta Abaddon.

"Enseguida, señor."

El duque hizo una reverencia y permitió que Abaddon y los demás pasaran junto a él y entraran al castillo.

Mientras caminaba por los pasillos, Abaddon elaboró un plan improvisado para el día, e informó a sus invitados de su decisión.

"Por lo general, os dejaría correr a vuestro antojo y perderos en burdeles, pero creo que es mejor que esa diversión espere hasta más tarde.

Dado que tenéis curiosidad sobre mi visión del futuro, me gustaría repasar primero los métodos utilizados aquí, así como sus efectos posteriores y los pasos necesarios para incentivar a la población".

Abaddon no lo sabía, pero casi nadie lo escuchaba.

Los visitantes quedaron fascinados por el castillo, que de alguna manera era más lindo que todo lo que habían presenciado antes.

Ciertamente no era más llamativo que el palacio de Indra, pero no necesitaba serlo.

El detalle y la calidad de los materiales utilizados fueron impresionantes, pero fue la artesanía lo verdaderamente encomiable.



En el techo, un gran dragón rugiente fue grabado en la piedra, creando un tapiz más majestuoso y magistral que cualquier otro en Svarga.

Sin embargo, había un dios aquí que notó que algo no andaba bien.

-Esta no es tu casa, ¿verdad? -preguntó Ganesha.

Abaddon miró por encima del hombro al hijo de Shiva y sonrió.

"¿Qué te hace pensar eso?"

"Tu esposa dijo que no empleas sirvientas en tu mansión, sin embargo, he visto bastantes desde que entramos".

Abaddon se rió brevemente para sí mismo, antes de asentir en confirmación.

"En realidad, esta no es mi casa, es más bien mi oficina. Me temo que no llevaré a cualquiera al lugar donde descansan mis hijos.

Invito sólo a mis amigos más cercanos y me temo que no conozco a ninguno de ustedes lo suficientemente bien como para darles ese título".

Curiosamente, nadie pareció realmente ofendido por esto, ya que estaban demasiado enamorados del espacio actual, como para preocuparse por cualquier otro.

Abaddon mostró una sonrisa amistosa, que podría desarmar a cualquier alma descontenta en un instante.

"No te preocupes. Hoy verás muchas cosas que te harán perder toda tu atención de mi hogar. Te lo garantizo".

-Svarga.

Indrani salió del palacio con cierta prisa hoy.

Por más que lo intentaba, no podía sacar de su mente la imagen de Abaddon.

Era embriagador, más allá de toda descripción.

Nunca antes había visto algo que deseara tan desesperadamente.

Y al recordar el comportamiento esnob de aquellas llamadas esposas suyas, sintió aún más fuertemente que él era algo que ella tenía que conquistar.

Correcto o incorrecto, al diablo.



Sin saber las terribles consecuencias que traería su decisión, comenzó a dirigirse hacia el árbol gigante en el centro de su reino, que le daría todo lo que quería y más.